

# Picos de Europa

**Conservación de la biodiversidad y relación con la población y las tradiciones**

## Ángel Serdio

Co director del Parque Nacional de Picos de Europa

Cuatro mil años atrás, los primeros pobladores de los Picos de Europa comenzaron a ocupar este excepcional e inexpugnable territorio. Desde entonces la presencia humana ha condicionado la fisonomía de este macizo montañoso conformando su paisaje tal y como hoy lo conocemos, desarrollando modos de vida adaptados a las duras condiciones de una orografía tan agreste e impresionante y confiando a los Picos su carácter de fortaleza y refugio para sus habitantes.

Hace 2000 años, al abrigo del Mons Vindius (o monte blanco en alusión al color de la caliza que forma los Picos), su dios de piedra al que veneraban, los cántabros y astures resistieron la invasión romana refugiados en éstas, sus montañas sagradas. Siete siglos después, llegaron los árabes y de nuevo las peñas brindaron su protección a sus pobladores, que consiguieron vencer al ejército musulmán entre estos bosques y macizos rocosos en la famosa batalla de Covadonga.

Pocos lugares como este donde poder observar la profunda relación que se establece entre hombre y territorio, entre el medio y su ocupante, entre la biodiversidad y los usos tradicionales. Y pocos lugares donde poder observar de manera tan palpable el papel de esta interconexión en la conservación de ambos mundos, de tal manera que resulta imposible entender el uno sin el otro.

La propia Ley de Declaración del Parque Nacional recoge esta singularidad al equiparar los tres objetivos que la gestión del espacio debe perseguir: la protección de los ecosistemas naturales y seminaturales presentes en su interior, la protección de los valores culturales y antropológicos que alberga y el desarrollo socioeconómico de sus habitantes. Es esta tercera meta una de las características más singulares del Parque Nacional de los Picos de Europa, ya que se trata



El pastoreo es una de las actividades más ancestrales en los Picos de Europa. Pastor en las inmediaciones del Colláu Cambureru © Pedro Cifuentes Argüelles

del único parque nacional español con núcleos de población en su interior. Dentro del perímetro del parque existen 20 poblaciones y tres municipios se encuentran incluidos en su totalidad en su interior (los leoneses de Posada de Valdeón y Oseja de Sajambre y el cántabro de Tresviso).

El paisaje de los Picos está modelado en gran medida por los ríos que lo atraviesan. El Sella y su afluente el Dobra, el Cares y su afluente el Duje, y el Deva lo dividen en tres macizos principales con sus valles asociados. El amplio rango altitudinal, con desniveles que van desde los 75 metros de altitud sobre el nivel del mar, de la desembocadura del Urdón en el Deva, a los 2648 metros de Torre Cerredo, el techo

**El paisaje de los Picos está modelado en gran medida por los ríos que lo atraviesan**

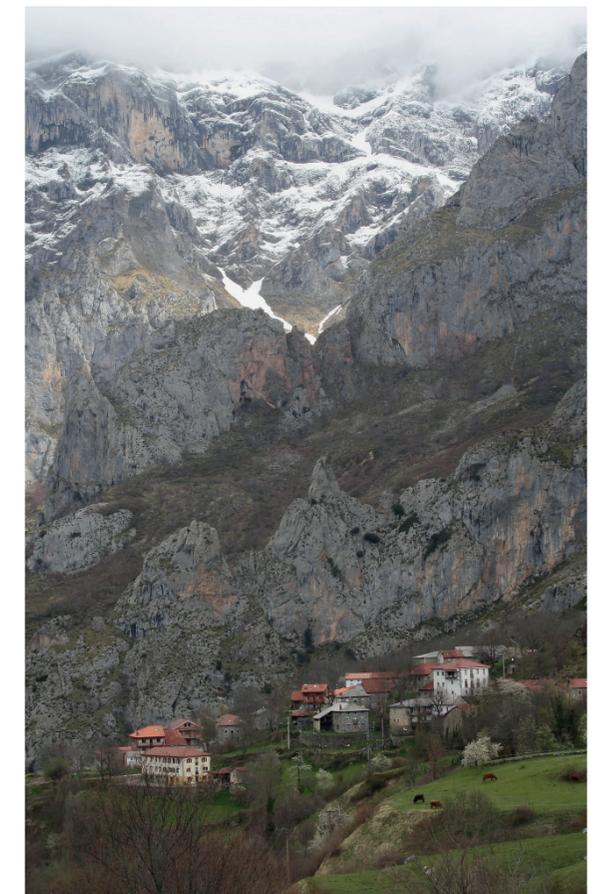
del Parque Nacional, y su proximidad al mar, con la costa a escasos 18 kilómetros, otorgan a este espacio una enorme diversidad de paisajes. Sobre ellos los diferentes procesos geológicos, fundamentalmente el glaciario cuaternario y los fenómenos kársticos, han configurado un mosaico de biotopos característicos. Los extensos boques de roble y haya colonizan las zonas altas, los bosques mixtos de caducifolias (tilos, fresnos, castaños, abedules, avellanos, etc.) se alternan con los prados de siega en el fondo de los valles, mientras que los pastos de montaña y las formaciones de matorral se desarrollan al pie de las cumbres calizas.

Todo ello conforma un territorio de enorme valor en donde, en apenas el 0.1% de la superficie nacional, se concentra un excepcional patrimonio geológico y una enorme riqueza biológica (el 21% de la riqueza botánica y el 34 % de la faunística del país) a los que se unen unos valores etnográficos y culturales de enorme interés. Además, en Picos se dan cita otros componentes, como el histórico o

**Es el único Parque Nacional con núcleos de población en su interior: 20 poblaciones y 3 municipios**

el religioso, con la presencia del Santuario de Covadonga, cuna de la Reconquista, o el deportivo, ya que fueron estas paredes calizas las que contemplaron el nacimiento del alpinismo y la escalada deportiva en nuestro país, con cimas míticas como la del Urriellu, cuya ascensión se ha convertido en una especie de cruce del ecuador para los alpinistas.

Pero volvamos a aquellos primeros habitantes de la peña, a los que la fisiografía del territorio y la escasa presencia de suelos cultivables obligó a desarrollar una cultura ganadera característica que, en su esencia, ha perdurado hasta nuestros días y que abrió la senda para el desarrollo de las manifestaciones culturales más importantes que hoy constituyen la auténtica bandera de los Picos y que conforman una parte fundamental de su patrimonio.



Los habitantes primigenios formaron los primeros núcleos de población en el fondo de los valles y comenzaron a ejercer la transtermitancia o aprovechamiento estacional de los pastos situados a diferentes altitudes a los que se va desplazando el pastor con el ganado a lo largo del ciclo anual. Durante el invierno el ganado permanece en los fondos de los valles, que se dedican a la siega y recolección y almacenamiento de la hierba seca para el sustento invernal del ganado mudando a los pastos de altura (los puertos) en la época estival. Esta economía hizo necesaria la expansión de los pastos, que de forma natural solo aparecen en el piso subalpino, lo que llevó a la eliminación de masas boscosas próximas a los fondos de valle mediante roturaciones y el uso del fuego, lo que unido al pastoreo intensivo posterior produjo la eliminación del arbolado y el aumento de los pastizales.

La actividad ganadera pronto originó el desarrollo y la selección de razas y variedades de ganado adaptadas a las peculiaridades del territorio sobre el que esta actividad se desarrollaba, lo que ha dado lugar a una cabaña ganadera autóctona, con razas únicas de estos parajes, como la vaca tudanca y la casina, las ovejas de razas xalda y lacha o la cabra bermeya. Estas razas y variedades constituyen además una diversidad genética muy importante, sumando su parte a la rica biodiversidad que el parque alberga.



Puertos de Áliva con las cumbres del Macizo Oriental al fondo © Miguel Ramos Barros

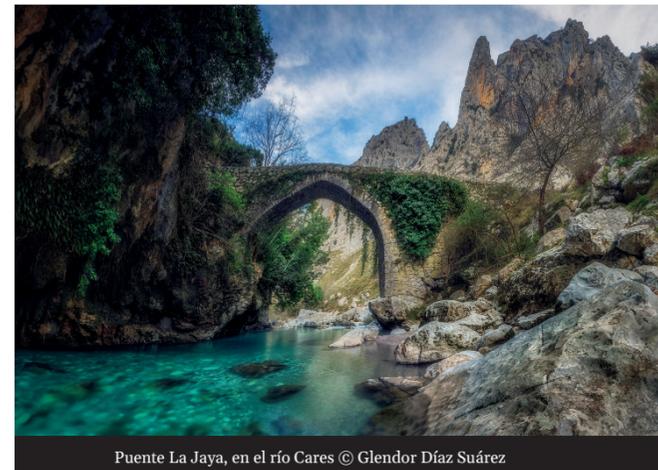
## Los habitantes primigenios formaron núcleos de población en el fondo de los valles y ejercían la transtermitancia

La distancia y la dificultad de acceso a los pastos de montaña propició que en ellos se estableciesen pequeños asentamientos temporales, las majadas o vegas, a los que se trasladaba el pastor con el ganado, y en los que se agrupan las características cabañas de pastores, muy pequeñas, de planta rectangular y teja roja, con tejado a un agua e la zona asturiana y a dos en las vertientes cántabra y leonesa.

En estos lugares se desarrollaron formas de vida propias, entre las que destaca la elaboración de queso para transformar en un producto de larga conservación la abundante producción estival de leche. Hoy día el queso constituye sin duda uno de las mayores señas de identidad de Picos de Europa y la representación más conocida de los modos de vida tradicionales del parque nacional. Aún se mantiene la producción tradicional de algunos de los quesos con más renombre en nuestro país, con características diferentes en cada valle y muchos de ellos se siguen madurando en cuevas

naturales cuya localización en su mayoría únicamente conocen los productores que las utilizan. El Gamoneu del Valle, el Gamoneu del Puertu, el Picón de Bejes o el de Tresviso, el de Los Beyos, el Azul de Valdeón, los Quesucos de Liébana, el Picón de Peñamellera o el Ahumado de Áliva hacen que Picos de Europa posea la mayor concentración de denominaciones de origen de queso en Europa y ha propiciado que alrededor de este producto haya florecido una importante industria artesanal en todo el entorno del Parque Nacional.

## La orografía tan agreste como impresionante le convierte en refugio para sus habitantes



Puente La Jaya, en el río Cares © Glendor Díaz Suárez

Lamentablemente gran parte de esta riqueza patrimonial y cultural y etnográfica está en grave peligro de desaparecer ya que los modos de vida tradicionales se están perdiendo. Hoy en día no se siegan los prados manualmente ni las majadas permanecen habitadas durante el verano ya que los ganaderos se desplazan a ellas diariamente en vehículo. Además, se está produciendo un importante abandono de la actividad ganadera, especialmente de reciella o ganado menor, y la actividad residual que mantiene la producción quesera no es suficiente para garantizar su supervivencia: en la actualidad la oferta de leche producida en el Parque Nacional y su entorno es insuficiente para cubrir la demanda.

Esta circunstancia lleva pareja la reducción de la superficie ocupada por prados y pastizales que, cuando dejan de segarse o pastarse, se cubren paulatinamente de matorrales, en un primer momento y de bosque posteriormente. La desaparición del paisaje tradicional conlleva otras consecuencias negativas como el aumento de la población de ungulados en detrimento de la de otras especies, algunas



Todavía se mantiene la producción tradicional de algunos de los quesos con más renombre en nuestro país, con características diferentes en cada valle

de ellas tan emblemáticas como el urogallo, prácticamente extinto en el Parque Nacional.

A la dureza y escasa rentabilidad económica de este sistema de explotación se unen otra serie de problemas. Si bien es cierto que en los últimos años los habitantes están adaptándose al hecho de que el Parque Nacional de los Picos de Europa recibe más de dos millones de visitantes al año y los servicios asociados a la actividad turística suponen una importante y creciente fuente de ingresos para la economía local, no lo es menos el hecho de que debe armonizarse el interés turístico que el parque despierta con la conservación de sus valores naturales, y los medios de vida tradicionales.

Tras 4000 años de historia del hombre en este territorio singular se están produciendo encuentros y desencuentros entre los intereses conservacionistas y los aquellos que usan el territorio como modo de vida. La conciliación de estas dos interpretaciones supone, sin duda, el mayor reto al que se enfrenta hoy en día el decano de los Parques Nacionales de nuestro país y uno de sus espacios protegidos más emblemáticos. En la mano de todos está esta vez evitar que los habitantes de los Picos se refugien, una vez más, en la peña sagrada para hacer frente al enemigo.



Basílica de Nuestra Señora de Covadonga © Glendor Díaz Suárez